

FEBRERO  
1914

# PACIFICO

MAGAZINE

Precio:  
UN PESO



# La felicidad modesta

en la vida

Por \_\_\_\_\_  
ALBERTO EDWARDS

I

Según las teorías de la democracia pura, la sociedad no debiera reconocer otras desigualdades entre los hombres que las originadas por el mérito individual. Seductora doctrina es ésta: ella se apareció como un consuelo y una esperanza para los débiles, los oprimidos, los pobres y los desheredados; ella ha sabido encontrar hondas raíces en ese principio inmortal de eterna justicia que cada uno de nosotros lleva en el fondo de su alma.

Por desgracia la humanidad no está constituida como lo quisiéramos. Y esta oposición o desequilibrio permanente entre nuestros anhelos y las realidades de la vida ha sido y continuará siendo el gran escollo de todas las filosofías. La Biblia explica el gran misterio enseñándonos que el hombre es hijo del pecado... La ciencia moderna, sin pretender darnos una explicación del fenómeno, reconoce al menos su existencia... Ya nadie se atrevería hoy a enseñar como Rousseau que el hombre nace perfecto, y que es la sociedad civil y la civilización quienes lo han echado a perder.

No es raro, pues, que la quimera democrática haya fracasado en la práctica, y que, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las organizaciones sociales, los hombres continúen recibiendo distinciones y sufriendo desigualdades, cuyo origen no es el mérito individual.

No sólo nacemos con diversas fortunas



y una posición social diferente, sino que algunos recibimos mejor educación y mejores ejemplos que otros... Las leyes no podrán tampoco impedir mientras la naturaleza humana continúe siendo lo que es, el que se hereden y transmitan por la sangre, la salud y la enfermedad, el

talento y la estulticia, las inclinaciones buenas y las malas.

El más fervoroso demócrata no apostará a un caballo en las carreras, sin averiguar de qué potro procede, ni comprará una ternera para su lechería, si no conoce las aptitudes de la vaca madre para el caso. Los hombres, como los caballos y los toros, no nacemos como hongos, sino que también somos hijos de alguien. Las instituciones más niveladoras no lograrán por ejemplo que de la unión de un negro y una blanca, resulte otra cosa que un mulato.

Podemos sí esperar del desarrollo de la cultura y de la civilización, un mayor aprecio del mérito personal, el mejor tratamiento de los inferiores, caridad para los débiles y los que sufren... La igualdad absoluta será siempre un mito, una utopía, absolutamente inconciliable con la naturaleza de las cosas, cuyo gran secreto ya se trate de las estrellas del cielo o de los peces del mar, parece ser la desigualdad.

Hacéme las anteriores consideraciones al analizar en días pasados uno de los más deplorables fenómenos que presenta la so-

ciabilidad de la América del Sur, particularmente en la República Argentina, y también en Chile, aunque en menor grado, y es el excesivo respeto que nos merece la riqueza adquirida o heredada. El mal, lo repito, es todavía mucho más sensible al otro lado de los Andes, pero existe también en Chile... En el hecho, ningún país está libre de él, pero en Europa, solemos parecer los mismos chilenos tan ridículos, como a nosotros se nos aparecen los argentinos, cuando, al presentarnos a un individuo, lo primero que hacen es informarnos del número de leguas de campo que posee.

Hemos suprimido en la ley, y algo también en las costumbres, la nobleza hereditaria, "miserable reliquia, dice el decreto de O'Higgins, del sistema feudal que ha regido en Chile". Nuestros padres creyeron poner con ello una pica en Flandes. Les pareció ominoso y contrario a los principios de justicia, que los hombres recibieran distinciones especiales, en virtud de los hechos de sus antepasados, y aún creyeron ridículo y absurdo el que cada cual los recordara, teniéndolo a honra.

No discutiré el punto, pero debo sí dejar establecido que poco ganó la igualdad, esto es, el reconocimiento puro y simple del mérito individual con aquella reforma. Es verdad que los chilenos nos acordamos menos cada día, de cuáles fueron los hechos, los triunfos, las virtudes de nuestros progenitores, pero en cambio continuamos distinguiendo y casi adorando el dinero que de ellos hemos podido heredar, sin pensar siquiera en cómo fué habido, si ha sido o no el fruto de un trabajo honrado, o de la sordida avaricia, de la usura o del fraude.

La fortuna, al igual que la nobleza, no sólo se hereda, sino que también puede adquirirse... Todos cuantos han ganado dinero, saben, sin embargo, que no son las facultades más nobles de la naturaleza humana las que se ponen en juego cuando uno trata de hacerse rico... No dejaban de tener su razón de ser las antiguas leyes que prohibían el comercio a los hidalgos... el disimulo, la codicia, la meticulosidad avarienta y no pocas veces el engaño, son las caballerescas virtudes que conducen con frecuencia al éxito en materia de dinero. Sin embargo, continuamos rindiéndole a él, y a los que por cualquier

capítulo lo poseen, el acatamiento que, según la teoría democrática, debe rendirse sólo a la virtud y al mérito.

¿Será esto porque el trato y la amistad de los ricos es provechosa? Bien puede serlo en ciertos casos, pero en general, como cualquiera puede haberlo observado, los ricos son más egoístas y menos generosos que los pobres. Por lo general, reciben sin devolver nada el humilde acatamiento de sus semejantes. Por lo mismo que no sienten necesidades y se contemplan seguros en su elevada posición, no comprenden ni menos compadecen las luchas y las desgracias de los otros.

Si distinguiamos el dinero, es, pues, sólo en virtud de ese instinto humano, que todas las filosofías no lograrán borrar, que obliga al débil a inclinarse ante el fuerte y arrastra al pequeño hacia el poderoso.

Pero no sólo se compran los respetos con la fortuna, sino el poder, que en otros tiempos fué el privilegio de la nobleza. La democracia ha errado también por este capítulo su camino. Hicimos hace veinte años una revolución, con el objeto, se dijo, de devolver al pueblo el derecho de gobernarse a sí mismo, y el pueblo no ha encontrado mejor manera de gozar de tan alta prerrogativa que vendiéndola al mejor postor. Así se compra o se alquila hoy el derecho de gobernar, como se compra un automóvil o un abono al Municipal, y no pocas veces con parecido objeto, esto es, el de procurarse lustre, situación, en una palabra, nobleza...

Hoy es, pues, más cierto que nunca aquello de que dineros son calidad. Los privilegios de la plutocracia son tanto más efectivos que los de la antigua caballería del blasón... El dinero no sólo proporciona riquezas materiales, sino calidad, respetos, fortuna con las mujeres y poder. Todas las antiguas aristocracias han venido a refundirse en ésta.

No menciono este hecho para condenarlo o maldecirlo: quiero sólo dejar constancia de él. Es noble, es gran señor el que tiene dinero... ¿Habrá alguien que no desee gozar de tales ventajas?

Las consecuencias económicas del hecho apuntado son de muy diversa índole.

Por de pronto, las ventajas que trae consigo la fortuna, constituye un magnífico estímulo para el trabajo y la producción. Pasaron ya los tiempos en que un

hinchado hidalgo, podía pasear su hambre y su soberbia, mirando de alto abajo al judío sórdido y al tramposo mercader. Ya no es de mal tono trabajar ni el ocio es distinguido. Muchas actividades económicas, antes perdidas, se aprovechan hoy gracias a la omnipotencia del dinero.

Pero, por otra parte, el excesivo tributo rendido a la fortuna, es causa de no pocas desórdenes.

Desde que el dinero y sólo el dinero es calidad, aún las personas más sobrias en sus gustos se creen obligadas a mantener lo que se llama el rango, esto es, las apariencias de la fortuna, y por lo tanto la posición social, los respetos y las consideraciones.

Cuando se tiene, tanto mejor, cuando no, se acude a los expedientes. Porque el balance de la fortuna de cada cual no es cosa pública, y el mundo acostumbra a juzgar casi siempre oro lo que reluce.

Esta es la filosofía de la ostentación, de las deudas, de las cuentas; el secreto de muchas angustias y miserias, casi la explicación de nuestras desventuras económicas. Así, como los hidalgos del siglo XVII lo sacrificaban todo al lustre de sus pergaminos, nosotros nada ahorramos, a fin de no descender del solio de la nobleza moderna, cuyos timbres son, las plumas, las joyas, los carruajes, los automóviles, el palco en el Municipal y la casa patricia costosamente decorada.

A este respecto se llega a lo ridículo aún en los detalles más insignificantes. Ejemplos: los antepechos y las cúpulas de las casas. ¿Por qué nuestros arquitectos levantan dos o tres metros más de lo necesario las murallas de los edificios con frente a la calle? No ha de ser, por cierto, con el poco cristiano propósito de que en un temblor fuerte, aquella máquina positiva y mal amarrada se desplome sobre la cabeza de los transeúntes. No es tampoco para añadir belleza al edificio: la arquitectura, cuando no es verdadera, degenera en decoración de teatro, es un insulto al arte. Lo mismo sucede con los pilos de cinco o seis metros de altura, no sólo antiestéticos, sino incómodos.

Parece como si el propietario difiera a los pasantes:

—Vean ustedes que grande es mi casa.  
¿Calculan ustedes la fabulosa cantidad de

iadrillos que se ha empleado en construirla? Es cierto que cada vez que subo las escaleras, se me pone un dolor en los riñones, pero no importa... el mundo sabe cuán rico y poderoso caballero soy...

No de otra suerte debieron pensar los salvajes de los Faraones de Egipto, cuando levantaron esas soberbias e inútiles montañas artificiales que son las pirámides.

En la Edad Media, los habitantes de Pavía, en Italia, acostumbraban levantar sendas torres en sus casas: la vanidad consistía en que fueran muy altas. Por eso, los pavos aquellos, a fin de conciliar la moda con el bolsillo, cosa no siempre fácil, hacían sus torres tan endeables como elevadas. El toque consistía en encaramarse un par de pies sobre el último record batido, y a tal extremo llegaron la vanidad por un lado y la tacañería por el otro, que fué muy peligroso pasear por las calles de Pavía. En el momento menos pensado ¡zas! se caía una torre, construía a estilo de palo de bandera y le rompía a cualquiera la nariz.

## II

Cada vez que trato de hacer reflexiones sobre la psicología de la ostentación, mi espíritu vacila... ¿quiénes son más culpables? ¿Son los hombres? ¿Son las mujeres?

Los siguientes datos pueden arrojar alguna luz sobre el particular:

En materia de alhajas, por ejemplo, los hombres gustan de comprarlas, no siempre con el único propósito de ostentar lujo. Es una especie de reserva que piensan hacer para los tiempos malos, sin reflexionar que no siempre es tan fácil vender una alhaja como adquirirla.

La inversión de dinero en alhajas es una tradición judía. Todos saben que los desventurados hijos de Israel, a fuerza de sufrir persecuciones y atropellos, han adquirido por herencia, la inclinación a colocar sus bienes de modo que sea fácil ocultarlos. Por eso el pagaré y la usura son judíos, como el gusto por las alhajas.

Sin embargo, no siempre la compra de alhajas es un resabio de semitismo: un collar de perlas sobre la garganta de la señora, es réclame de análogos efectos al

del antepecho en la coronación de la casa. Es lástima que con los progresos de la industria se haya broceado este negocio. Hoy se fabrican perlas falsas que en nada se distinguen de las verdaderas, ni aún a los ojos de un joyero experto. En realidad el público juzga de la legitimidad de las perlas por quien las lleva: si son de una millonaria, las cree verdaderas, si de una señora sin recursos, las cree falsas.

Un amigo mío que ha residido algún tiempo en la República Argentina, cuenta que allá casi no se puede mencionar a una dama del gran mundo, sin que alguien advierta...

—¡Ah!... ¿Sí?... La señora X... tiene un collar de cuatro hileras.

De modo, concluye mi amigo, que en Buenos Aires avalúan a los hombres por "leguas" y a las damas por "hileras".

En algunos de nuestros círculos sociales, casi se toca, por desgracia, este último extremo de la pijaería.

Las joyas costosas apenas embellecen a las mujeres bonitas, y hacen resaltar más la fealdad de las feas. Sin embargo, todas rabian por las joyas. No siempre el gusto consiste en llevarlas. Hay señoras de su casa, que no tienen siquiera la oportunidad de alhajarse, y para las cuales no hay, sin embargo, un regalo mejor que un collar valioso. ¿Por qué?... Voy a revelar el secreto...

Penetremos en un círculo de damas. Supongamos que algunas o muchas de las asistentes han hecho matrimonios ventajosos, y se encuentran de pronto en una situación que apenas se atrevieron a soñar cuando eran solteras... Estas son las peores.

¿Hablan acaso de las virtudes de sus respectivos cónyuges? Todo menos que eso.

—Mi marido, dice una, me da dos mil pesos todos los meses, sólo para comer, y eso que no tenemos familia... Además a cada entrada de estación me hace comprar, aunque yo no quiera, cuatro vestidos y cinco sombreros de los más caros.

—El mío, añade otra, continuando la apuesta de los bluffs, me tiene abierta una cuenta en el Banco... Yo giro lo que quiera... Su gusto es que yo gaste mucho... Al fin para eso tenemos cuatro reales.

El resto de la peligrosa tertulia discurre más o menos en los mismos términos.

Feliz aquella que en ocasiones tan solemnes, puede batir el record agregando:

—Roberto me trajo el Lúnes un collar de perlas lindísimo... Costó tantos miles de pesos, añade si es muy cursi.

El placer de dar esta noticia vale el collar de perlas.

Nunca falta en casos tales una inocente damita que hasta entonces no ha molestado a su marido con exigencias, y que ha debido callar ante aquel fuego graneado de grandezas.

A ella no le dan dos mil pesos sólo para comer, ni le compran cinco vestidos y cuatro sombreros por estación, ni le abren cuenta en el Banco, ni le regalan collares de perlas.

La pobre llega a su casa de mal humor, sin sospechar acaso cuántas mentiras, miserias y angustias suelen ocultarse tras el brillante cuadro que le han pintado sus amigas.

—¿Conoces a Roberto, el marido de la Fulana? le pregunta a su cónyuge...

—Sí, contesta este, sin sospechar a dónde va el tiro... es un buen muchacho, pero bastante leso...

—¿Leso?... Pero si tú supieras la situación en que está... La Fulana tiene dos automóviles y le acaba de regalar un collar de perlas... Tú debías ser tan leso como él... Nunca salimos de pobreza.

El término final de este diálogo o debate, depende de la prudencia del marido, del talento de la mujer, de los principios en que ambos fueron educados.

¿Cuántas deudas, desatinos y malos negocios no resultan de conversaciones como éstas?

Porque es cosa difícil hacerles comprender a las señoras que no sólo el dinero constituye la superioridad de los hombres. Ya se ve: el medio social en que viven, pesa excesivamente en esos organismos delicados e impresionables.

—Bueno, pregunta la mujer, ¿por qué Zutano gana tanto y tú no?... ¿qué no tienes talento?... ¿No sabes hacer negocios?

El marido, para salir del paso, tiene que botarse a pelador, y dar cualquiera explicación falsa o verdadera, pero precisa y sencilla.

—Zutano, dice, es un patero... Se abre paso en el mundo, a fuerza de adulaciones... Yo no tengo carácter para eso...

O bien...

—Mira, hijita, no te preocupes... Perengano está lleno de trampas; le debe a cada santo una vela... Más vale vivir tranquilo, aunque sea con modestia, que envuelto en mil enredos.

Confieso que hay mujeres capaces de contestar...

—¿Y por qué no haces la pata?... ¿Por qué no te botas a sinvergüenza?

Quando el marido no es un espejo de virtudes, lo que suele suceder, le es mucho más difícil convencer a la señora. Entonces la cosa degenera en gresca...

—¿No ves?... No te lo dije yo... Si no te lo pasaras borracho en el Club, si no fueras un vicioso y no jugaras.

Etc., etc., etc.

Tal es el peor resultado de lo que hemos llamado el excesivo dominio del dinero. Lucirlo y adquirirlo, llega a ser no sólo la rueda catalina de la sociedad, sino del hogar doméstico; la po-

breza y aún la modestia de los recursos no sólo es una desgracia sino que se convierte en un oprobio, en una humillación, en el semillero de toda clase de dificultades y malos ratos.

Esa ventaja tenía por lo menos la antigua aristocracia de los pergaminos.

—Fulano, el marido de la Julia, podía decirle entonces una mujer a su cónyuge, es marqués y desciende del Cid Campeador, y tiene ocho cuarteles en su escudo, con cinco grifos de Sinople en campo de veros y contraveros.

El feliz marido podía entonces contestar...

—¿Si mi hijita?... Me alegro mucho por Fulano...

Y la señora no estaba en el caso de replicar...

—¿No ves?... ¿Y tú?... Ni siquiera tienes escudo... Como eres tan estúpido, tan torpe, tan bueno para nada...

No todos los progresos de esto que se ha dado en llamar democracia, son igualmente envidiables.

ALBERTO EDWARDS.



La voz de su juventud.